

EUCARISTÍA

Sacramento de la liberación integral del hombre



Carta Pastoral del Obispo Enrique Alvear. 25 de Junio de 1980



EUCARISTÍA

**Sacramento de la liberación integral
del hombre**



Carta Pastoral del Obispo Enrique Alvear. 25 de Junio de 1980

INDICE

PRESENTACIÓN	05
1. Nuestra Realidad	07
1.0. Introducción	07
1.1. Nivel familiar	07
1.2. Nivel poblacional	07
1.3. Nivel laboral	08
1.4. Nivel Nacional	08
1.5. Nivel Iglesia	08
1.6. Presencia de Cristo y presencia del pecado en esta realidad	08
1.7. Convocación del Congreso Eucarístico Nacional	09
2. ¿Qué Dios vamos a adorar?	11
2.1. Dios es Padre de todos los hombres	11
2.2. Dios busca la liberación integral de sus hijos	12
2.3. Dios construye su Reino en nuestra Historia	13
2.4. Dios es justo y misericordioso	14
3. ¿Con qué Cristo vamos a unirnos en la Eucaristía?	16
3.1. Cristo resucitado se une a cada hombre	16
3.2. Cristo es siempre Hijo y Hermano	17
3.3. Cristo solidarizó con la raza humana	18
4. ¿Qué Iglesia está haciendo Cristo en la Eucaristía Hoy?	19
4.1. La Iglesia hace la Eucaristía	19
4.2. La Eucaristía construye la Iglesia de hoy	20
4.3. La Iglesia, los conflictos y la Paz	21
5. El congreso Eucarístico, llamado a conversión:	22
5.1. A nivel familiar	22
5.2. A nivel poblacional	22
5.3. A nivel laboral	23
5.4. A nivel Nacional	23
5.5. A nivel Iglesia	25
6. Conclusión	27

PRESENTACIÓN

La Carta Pastoral “EUCARISTIA, SACRAMENTO DE LA LIBERACION INTEGRAL DEL HOMBRE” fue escrita por Don Enrique Alvear, obispo auxiliar de Santiago, en junio de 1980, con ocasión del Congreso Eucarístico que la Iglesia chilena convocó para ese año. El país vivía en plena dictadura militar. Hoy, en un contexto nacional muy distinto, nuestros obispos nos han convocado a un nuevo Congreso Eucarístico. Sin embargo, el modo en que Don Enrique reflexiona sobre la Eucaristía tiene gran vigencia.

En la conclusión de su carta él dice: “La Eucaristía no es una simple “práctica religiosa” que puede permitirnos continuar el mismo camino de siempre. Es la celebración del Misterio Pascual, el paso de muerte a vida de Jesús, que **nos compromete a detectar** dónde se hace presente la muerte, el pecado, tanto en la vida privada como en la vida pública y a **colaborar activamente con Cristo** para hacer triunfar la Vida allí donde aparezcan señales de muerte”.

Don Enrique hace este ejercicio de discernimiento profético partiendo de la realidad que se vivía en ese momento y articulando su reflexión en torno a tres preguntas: 1. ¿Qué Dios vamos a adorar en la Eucaristía? 2. ¿Con qué Cristo vamos a unirnos? 3. ¿Qué Iglesia está construyendo Cristo en la Eucaristía? Son preguntas actuales y que conviene reflexionar hoy para que la celebración eucarística tenga incidencia histórica.

Resume su reflexión con estas palabras: “La Eucaristía nos compromete a vivir del Dios de Jesucristo, el Dios verdadero. Siempre unidos a Cristo, el cual con nosotros construye la Iglesia que El necesita para glorificar y servir a Dios en este mundo. La Iglesia que con El busca tocar el corazón de los hombres, convirtiéndolos, a fin de construir una sociedad de hombres en comunión fraterna, en la cual nadie se sienta excluido y cada uno encuentre su justo lugar”.

Es una profunda reflexión que busca contextualizar la Eucaristía y proyectarla en el dinamismo de la historia como “sacramento de la liberación integral del hombre”.

Fernando Tapia Miranda, pbro.

Asesor eclesiástico de la Fundación “Obispo Enrique Alvear”

Santiago, 7 de mayo de 2018.

EUCARISTÍA: SACRAMENTO DE LA LIBERACIÓN INTEGRAL DEL HOMBRE

1. Nuestra realidad

1.0. Introducción

Al mirar nuestras familias, nuestras comunidades, nuestra Zona, nuestro país, fácilmente descubrimos que se entrecruzan dos líneas divergentes en su interior: por una parte, la búsqueda de la unidad, de la comunión fraterna, y por otra, el dinamismo del pecado que se manifiesta en la acentuación más o menos egoísta, de intereses de personas o de grupos.

1.1. Nivel Familiar

Cada familia sueña y quiere el amor y la comprensión mutua entre los esposos, entre padres e hijos, entre los hermanos; pero hay tantas familias fracasadas en su búsqueda de unidad porque dentro del ambiente familiar, unos se oponen a otros por orgullo o prepotencia, o por un afán de tener más, de acuerdo a la propaganda consumista sacrificando cosas esenciales, o por malos hábitos que debilitan o destruyen la vida de hogar.

1.2. Nivel Poblacional

Surgen iniciativas excelentes, como ser: Comités de Vivienda y otras, capaces de unir los intereses de todos los pobladores; pero luego aparece el individualismo, o la inercia, o el temor de ser acusados de políticos, o de ser manipulados y no se sigue avanzando.

1.3. Nivel laboral:

Casi no hay dirigente popular que no hable y busque, de un modo u otro, la unidad de la clase obrera, pero a la vez hay grupos de poder sindical o político que no quieren ceder en sus posiciones e impiden el logro de la deseada unidad.

1.4. Nivel Nacional

Se busca la unidad nacional, se implementan planes económico-sociopolítico-culturales para lograrla; pero, a la vez, se desoye el clamor de multitudes afectadas gravemente por dichos planes.

1.5. Nivel Iglesia

Hay católicos que están con sus Pastores y otros que los critican duramente.

Hay entre los católicos diversas acentuaciones en cuanto a la concepción de Iglesia y diversas maneras de concebir la relación Iglesia y Mundo, Iglesia y Gobiernos.

Unos y otros quieren la unidad de la Iglesia, pero, a veces, en forma tal que al propiciar o defender sus concepciones excluyen o parecen excluir a los que no piensan como ellos y eso ¡es un escándalo!

1.6. Presencia de Cristo y presencia del pecado.

En todos estos niveles, y en muchos otros, detectamos la presencia de Cristo Resucitado. Quien por su Espíritu de Amor, anima toda auténtica unidad, signo del Reino de Dios entre nosotros.

Juntamente, detectamos la ausencia de Cristo y la presencia de nuestro pecado, sobre todo del egoísmo, que destruye, distorsiona o falsea la unidad: en la familia, en la comunidad poblacional o laboral, en la comunidad nacional, y lo que es aún más grave, en la comunidad eclesial.

1.7. Convocación al Congreso Eucarístico Nacional

En este contexto los Obispos de Chile han convocado “a la Iglesia de nuestra Patria a un tiempo especialmente consagrado a la Persona de Jesucristo y a celebrar solemnemente el Misterio de la Eucaristía” ... a la gran Cena del pueblo chileno con Cristo” (¡la Eucaristía de Chile!).

Se trata de dar un paso fuerte de superación de nuestros egoísmos y pecados en la búsqueda de una reconciliación profunda entre grupos o sectores antagónicos en Chile.

“Los cristianos... queremos ser instrumentos de reconciliación”, pero no de una reconciliación superficial que se logre callando u ocultando los conflictos, sino de la que se produce cuando “Jesús ... manifiesta a cada uno su pecado” para construir “la paz verdadera” y un “mundo de hermanos” fundado en el reconocimiento y en la vivencia práctica de la “justicia y verdad, amor y libertad”, como señales de la presencia del Reino de Dios en la sociedad.

Para comprender el aporte fundamental de la Eucaristía en este momento de nuestra historia nacional debemos responder a varias preguntas en relación con Dios, con Jesucristo y con la Iglesia.

¿Por qué?

Porque según sea la imagen que tengamos de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia, será la calidad de nuestro compromiso con el hombre.

Al participar en la Celebración Eucarística:

1. ¿Qué Dios vamos a adorar?
2. ¿Con qué Cristo vamos a unirnos?
3. ¿Qué Iglesia está construyendo Cristo en la Eucaristía?

2. ¿Qué Dios vamos a adorar?

2.1. Dios es Padre de todos los hombres.

Para muchos, Dios es aquel que espera “mis” súplicas para dar respuesta a “mis” intereses.

Para otros es el Dios que se satisface con que asistamos y recemos la Misa cada Domingo.

¿A qué Dios adora Cristo cuando le entrega su vida en la Cruz?

Es el Padre comprometido en la liberación de todos los hombres: “porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres” (1 Cor. 5, 19).

Cristo se identificó con el compromiso de su Padre y por eso honró al Padre entregándole su vida por todos (cfr. Mt. 20. 28).

En cada consagración nos dice: “es mi cuerpo entregado por Uds.... es mi Sangre derramada para el perdón de los pecados. Ya cumplí en la tierra la obra que el Padre me encomendó realizar (Jn. 17, 4) y por eso puede decirles: “Todo está cumplido” (Jn. 19, 30) terminó para mí el tiempo del cansancio y el sufrimiento en la búsqueda del hombre. Ahora completo en ustedes los cansancios y sufrimientos que todavía faltan para que mi Mensaje liberador sea anunciado a todos los hombres (cfr. Col. 1, 24)”.

En cada Eucaristía, Cristo nos hace su Cuerpo (Cfr. 1 Cor. 10, 17) para continuar realmente su entrega al Padre a través de nuestro servicio evangelizador.

Y nosotros ¿creemos honrar al Padre dándole tan solo unos momentos en la Misa sin identificarnos con la entrega total de Jesucristo?

¿Creemos adorar al Padre sin inquietarnos afectiva y efectivamente por la suerte de todos, ricos, pudientes y pobres, que necesitan el anuncio de la evangelización liberadora?

2.2. Dios busca la liberación integral de sus hijos

¿Adoramos a un Dios lejano, desinteresado de los problemas del hombre?

¿No!

Vamos a la Eucaristía a adorar al Padre de Jesucristo, que, en el mismo Jesús, se ha hecho Padre nuestro, reconociéndonos por hijos

“Padre nuestro”... no tan solo “Padre mío”.

Hay quienes adoran al “Padre mío” y no al “Padre nuestro”.

Es como si dijeran: “Yo sé que Dios es Padre mío. No sé si es Padre de esos que son o parecen ser individualistas y egoístas... no sé si es Padre de esos que son o parecen ser marxistas... o de esos que no piensan como yo”.

Adoramos al “padre nuestro” (¡que también es mío!) que ama y se interesa por cada hombre y con amor privilegiado por los pobres.

Le damos culto verdadero, y no aparente, cuando sincera y activamente queremos participar en el amor que El tiene a cada hombre; “compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca” (Plegaria Eucarística IV).

Los profetas del Antiguo Testamento denunciaban un culto aparente: “Yo... detesto y rehúso vuestras fiestas... no quiero oír la música de la cítara” (Am 5, 21-23).

¿Por qué?

Porque los que ofrecen el culto a Dios, deben previamente, cesar de obrar el mal y aprender a buscar lo justo, deben dar su derecho al oprimido, hacer justicia al huérfano, abogar por la viuda (Cfr. Is. 1, 17).

¿Adoramos a este Padre Dios que nos compromete a reconocer a todo hombre como un hermano, sea para compartir con él si es necesitado, sea para corregirlo fraternalmente si ha caído en el pecado? (Cfr. Mt. 18, 15-17)

2.3 Dios construye su Reino en nuestra historia

¿Adoramos a un Dios escondido en su cielo que abandona a su suerte a los hombres en la tarea de construir su historia?

¡No!

Adoramos al Padre de Jesucristo que construye su Reino en la misma historia humana, por medio de Jesucristo. No es un Dios estático, inmóvil, el que adoramos.

Por eso, sólo le damos culto verdadero cuando nos comprometemos con El cada día, buscando y haciendo su voluntad. (“hágase tu voluntad...”) en la vida, personal, familiar y social, en la vida pública y en la vida privada.

¿Para qué?

Para apresurar la venida y la plena realización de su Reino.

Por Cristo, con El y en El renovamos en la Eucaristía nuestro compromiso de alabar al Padre haciendo su voluntad para que “venga tu Reino”.

Cristo construye el reinado de Dios en este mundo liberándonos de todo pecado: personal y social; de toda esclavitud: individual y colectiva; y en cada Eucaristía celebramos el paso liberador de Cristo, fiel colaborador del Padre, siempre activo en nuestra historia, a pesar de nuestro pecado.

“Cuando el hombre por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte... tendiste la mano a todos... reiteraste... tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando en la esperanza de salvación (Plegaria Eucarística IV).

2.4. Dios es justo y misericordioso

¿Adoramos al Dios de la justicia implacable que destruye al pecador?

¡No!

Adoramos al Dios de la Justicia que defiende al oprimido.

Es el Dios que envía al profeta Elías a reprender al rey Ajab por su crimen (1 Re 21, 19) y al profeta Natán a reprender al rey David por el suyo (2 Sam 12, 9).

Pero es, sobre todo, el Dios de la misericordia, si denuncia con claridad al pecador su delito, es porque quiere su conversión, por el bien suyo y para que cambie la situación de injusticia que provoca su pecado. (Cfr. 2 Re 21, 29 y 2 Sam. 1, 13. 14).

El Dios que adoramos es el Padre de Jesucristo que, en la parábola del hijo pródigo, manifiesta con claridad el pecado del hijo que vuelve la espalda a su padre, para hacernos comprender su alegría al perdonar (Lc. 15, 20-24).

¿Y nosotros?

Adoramos al Padre que nos manda denunciar claramente el pecado personal y social, pero con la actitud de amor del que no se complace “en la muerte del malvado, sino que el malvado cambie de conducta y viva” (Ez. 33, 11).

No somos adoradores de un Dios vengativo que quiere hacer de nosotros jueces implacables de nuestros hermanos.

Tampoco somos adoradores de un Dios complaciente que tolere impasible la injusticia que se acomete con sus servidores más humildes.

3. Con que Cristo vamos a unirnos en la Eucaristía

3.1. Cristo Resucitado se une a cada hombre

Muchos, al participar en la Cena del Señor, reciben las especies consagradas con respeto y veneración, pero no se preguntan “¿Con qué Cristo voy a unirme? ¿qué Cristo viene a mí?”

Parece un Cristo inerte, sin vida, ¡y no es así!

Es “el hijo de Dios que mediante la Encarnación se ha unido en cierto modo a todo hombre” (GS. 22).

Es Cristo vivo, resucitado, unido hoy a cada hombre. No al hombre abstracto, sino al hombre histórico, real y concreto.

A cada uno de los cuatro mil millones de hombres que habitan nuestro planeta y, por lo tanto a cada uno de los diez millones que viven en nuestro Chile (Cfr. RH. 13).

Al unirse Cristo con nosotros por la comunión de su Cuerpo y su Sangre nos hace entrar en la corriente vital de su amor activo a cada hombre de hoy, a cada chileno, a cada hombre de nuestra zona.

Nos comunica su Espíritu y nos hace sentir cada vez con mayor fuerza nuestra especial responsabilidad de reconocerlo y servirlo en el que tiene hambre y sed, en el que carece de abrigo, en el que está privado de su libertad, en el que padece enfermedad (Cfr. Mt. 25)

Al partir el pan consagrado en la Eucaristía queremos actualizar, hoy, el mismo gesto de Jesucristo en la Última Cena.

Allí, partió el Pan consagrado y lo compartió... tomen y coman, es mi Cuerpo... para que ustedes hagan lo mismo que Yo: compartan su vida y todo lo suyo con sus hermanos, preferencialmente con los carecen de lo más necesario... sean, como Yo. ¡pan comido!

3.2. Cristo es siempre Hijo y Hermano

Cristo no se desdoble entre el adorador del Padre y el servidor del hombre, como suele sucedernos a nosotros.

Es siempre el Hijo y el Hermano.

Es el Hijo cuyo alimento es hacer incesantemente la voluntad del Padre que nunca lo separa del hombre, su hermano.

Al contrario, es voluntad del Padre que entregue su Vida por la salvación integral de sus hermanos (Cfr. Jn 10. 15, 17-18).

Cuando ora, cuando evangeliza, cuando se sacrifica en la Cruz, es siempre el Salvador de sus hermanos que está haciendo la voluntad del Padre.

Glorifica al Padre llevando a cabo la obra de salvación que El mismo le encomendara (Cfr. Jn 17, 4).

Cristo se une a nosotros en la Eucaristía para transformarnos en el “enviado” (el “misionero”) que no debe separar jamás el servicio de Dios y el servicio del hombre.

Nadie puede amar y servir a Dios si no es amando y sirviendo al hombre:”El que diga “Yo amo a Dios mientras odia a su hermano es un embustero, porque quien no ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo” (Jn. 4, 20-21)

Nadie puede ser auténtico servidor del hombre si no es colaborando con el designio liberador del Padre.

3.3. Cristo solidarizó con la raza humana

¿Nos unimos en la Eucaristía con un Cristo que se hace solidario de uno y rechaza a otros?

Al encarnarse, el Hijo se hace solidario de toda la raza humana (Cfr. Rom. 8, 3) y el Padre, a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que alcanzáramos el perdón de El, (Cfr. 2 Cor. 5, 21) hecho rescate por todos (1 Tim. 2, 5): nadie queda excluido de su solidaridad y de su mediación.

Por lo tanto, no podemos entrar en comunión verdadera con Cristo, si hemos rechazado la comunión fraterna o nos distanciamos de quienes no concuerdan con nosotros.

Además, Cristo se identifica con nosotros en la comunión eucarística para manifestar su amor liberador y solidario a cada persona y a cada sector humano a los cuales nos envía. Esto exige de nosotros una entrega incondicional.

4. ¿Qué Iglesia está haciendo Cristo en la Eucaristía de hoy?

4.1. La Iglesia hace la Eucaristía

Muchos ven en la Eucaristía, el alimento espiritual de su vida cristiana, lo cual es verdadero, pero no ven su proyección en la Iglesia. “Como la Iglesia “hace la Eucaristía”, así la Eucaristía construye, la Iglesia” (Carta Juan Pablo II Jueves Santo 1980, 4).

La Iglesia “hace la Eucaristía”

Cuando el Obispo o el presbítero repite los gestos y palabras de Dios en la última cena, ocurre algo maravilloso que solo podemos percibir los que tenemos fe: Cristo se entrega a la Iglesia: “es mi Cuerpo entregado por ustedes” y la Iglesia se entrega a Cristo pidiendo al Padre “que El nos transforme en ofrenda permanente”) (Plegaria Eucarística III.)

“La Iglesia se construye mediante la misma comunión con el Hijo de Dios, que es prenda de la Pascua eterna” (Id).

Toda Pastoral de Iglesia debe encaminar a la Eucaristía.

“La Eucaristía aparece como la fuente y culminación de toda la predicación evangélica” (PO 5). “Por el ministerio de los presbíteros (al celebrar la Eucaristía), se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacerdocio de Cristo” (id.2)

De aquí brota una interrogante: ¿qué lugar tiene en nuestra misión pastoral la celebración de la Eucaristía?

Y si la “Eucaristía” construye la Iglesia, surge otra pregunta: ¿Qué Iglesia?

4.2. La Eucaristía construye la Iglesia de hoy:

Esta Iglesia que construye hoy la Eucaristía es la Iglesia del Vaticano II, de Medellín y de Puebla para la América Latina de hoy y de mañana.

Es la Iglesia que evangeliza al hombre de América Latina y de nuestro país, promoviendo y defendiendo su dignidad de hombre, imagen de Dios.

Es la Iglesia que, con, hechos y palabras, debe anunciar y promover la evangelización liberadora para llevar al hombre de situaciones de pecado y de opresión a la plena comunión con Dios y con los hombres.

Es la Iglesia que afirma su opción preferencial por los pobres, sin olvidar la evangelización de los demás constructores de la sociedad civil.

Si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo (Cfr. 1 Cor. 12, 12-13), ella, como Cuerpo de Cristo, debe hallarse presente en cualquier nivel en que se juegue la liberación del hombre.

¡La Eucaristía construye “esa” Iglesia! Por lo tanto, no participamos debidamente en la Cena si no vamos dispuestos a ser la Iglesia que Cristo construye hoy para el hombre de hoy, ya que “este hombre es el primer camino de la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión” (Juan Pablo II, RH).

4.3. La Iglesia, los conflictos y la paz

En la Eucaristía, ¿construye Cristo la Iglesia del conflicto o la Iglesia de la Paz?

Cristo construye una Iglesia capaz de afrontar los conflictos que le trae su opción preferencial por los pobres y su compromiso con la dignidad del hombre y la justicia, para lograr la verdadera paz en la sociedad.

Resumiendo: la Eucaristía nos compromete a vivir del Dios de Jesucristo, el Dios verdadero. Siempre unidos a Cristo, el cual con nosotros construye la Iglesia que El necesita para glorificar y servir a Dios en este mundo. La Iglesia que con El busca tocar el corazón de los hombres, convirtiéndolos, a fin de construir una sociedad de hombres en comunión fraterna, en la cual nadie se sienta excluido y cada uno encuentre su justo lugar.

5. El Congreso Eucarístico, llamado a conversión.

En el año del Congreso Eucarístico, año de la Eucaristía, la Iglesia nos llama primeramente a revisar y renovar nuestra fe en Jesucristo, anunciándolo a muchos hermanos. Nos llama, en seguida, a confesar cada cual su pecado, a convertirnos y reconocernos como hermanos e hijos del mismo Padre. Esto nos lo pide la Iglesia en cualquier nivel humano en que nos encontremos:

5.1. A nivel familiar:

Los esposos dialoguen sinceramente. Cada uno sepa escuchar lo que tal vez nunca ha querido escuchar del otro y sepan abrirse, para manifestarse con cariño, lo que por mucho tiempo han callado. ¡Renueven su alianza!

Igual diálogo abran los padres con los hijos, y los hermanos. Dejen de ser sordos, mudos y como insensibles entre sí.

Déjense alcanzar por Cristo (Cfr. Fil 3, 12) ábranse sus puertas, y así celebren en la Eucaristía su paso liberador.

5.2. A nivel poblacional:

Las comunidades cristianas superen el individualismo, la inercia, el temor, la desconfianza que impiden la unión de los pobladores.

Aporten su testimonio de fraternidad cristiana y sean servidores inteligentes y activos de toda iniciativa en bien de la población.

Detecten con una fe muy lúcida todo paso liberador de Cristo para apoyarlo y celebrarlo en la Cena Eucarística.

5.3. A nivel laboral:

Aunque predomina el mundo popular en nuestra zona, no todos sus habitantes son sensibles a los problemas, esperanzas y proyectos de los trabajadores.

Los equipos de Pastoral Obrera deben sensibilizar a las Comunidades Cristianas de modo que, sintiéndose parte del mundo popular, asuman todas las consecuencias que implica una opción preferencial por los pobres que se exprese en la búsqueda de la justicia.

La Celebración Eucarística será tanto más auténtica cuanto más compartamos la vida de los pobres, en toda su realidad, y ayudemos fraternalmente a los trabajadores en su búsqueda de la unidad.

5.4. A nivel Nacional:

No podemos identificar la “unidad nacional” con la aceptación pasiva de un modelo único de convivencia nacional que abarca todos los campos de la vida humana, en forma muy coherente, pero desde “una perspectiva dominante: la del “progreso económico”.

Nadie puede ser enemigo del “progreso económico”, pero no queremos aislarlo de otros valores profundamente humanos y cristianos:

De la solidaridad que corrige el egoísmo a que conduce la sola competencia

- De la participación a todo nivel que equilibre el uso del poder.
- De la atención preferencial a los pobres que modere el enriquecimiento de unos en perjuicio de la mayoría.
- De la “prioridad de la ética sobre la técnica... primado de la persona sobre las cosas” (RH 16).

Si se olvidan o se postergan estos valores, enseña Juan Pablo II (RH) “la nueva categoría superior que subordina el conjunto de la existencia humana a su exigencias parciales, sofoca al hombre, disgrega la sociedad...”

Por este camino no encontramos la unidad que buscamos. La unidad y reconciliación que nos propone Jesucristo, particularmente en este año del Congreso Eucarístico, trasciende cualquier modelo de unidad socio-político-económico, porque descansa en un llamado de Dios y en una fuerza interior que comunica su Espíritu para reconocer y cesar en el pecado que dificulta o impide la reconciliación y la unidad.

¡Es exigente con todos!

Cesar en el pecado será para algunos, eliminar en la búsqueda del bien común de la comunidad nacional, toda forma de injusta represión, incluidos los apremios físicos o morales; toda privación de derechos humanos, en especial, laborales y políticos; toda ausencia de participación, todo menosprecio u olvido de los que carecen de poder.

Será, para muchos, superar reacciones de odio y de venganza, de terrorismo y de violencias.

Los cristianos sabemos que en esta tierra debemos buscar la unidad incesantemente y, muchas veces, volver a empezar, porque sólo en el cielo nos dará el Padre la unidad consumada cuando “Dios sea todo en todo”. (1 Cor. 15, 28)

Los que trabajamos en buscar de la unidad definitiva debemos cuestionar toda unidad que en esta tierra aparezca como definitiva.

La celebración de la Eucaristía nos pide buscar siempre la unidad y la reconciliación y, de una Eucaristía a otra, Cristo refuerza nuestra búsqueda.

Este año nos pide el Señor colaborar con El para invitar a todos los hijos de la Iglesia, próximos y lejanos, a participar en la Eucaristía de Chile al final del año.

Allí nadie se contenta con la sola participación en una reunión multitudinaria, como en un acto puramente ritualista, sino que todos, cualquiera sea su pertenencia institucional, nos preparemos desde ahora para darnos en Cristo el abrazo fraterno, ¡eso llamamos celebrar la Eucaristía de Chile!

5.5. A nivel Iglesia:

Se nos pide:

- relativizar nuestras posiciones y no pretender esa unidad que se confunda con la uniformidad,
- no juzgar ni criticar a los que tienen concepciones distintas a las nuestras y buscar con sinceridad el diálogo constructivo con ellos,
- el respeto por personas y comunidades y jamás tratarlos con prejuicios o rehuir su encuentro
- aprender a construir la Iglesia no solo con los de nuestra espiritualidad, sino con todo el que se inspire en el Evangelio y en las orientaciones del Magisterio.
- dejarnos cuestionar por cualquier hermano y no reaccionar con orgullo

- aceptar que nuestra conversión tiene una meta: reconocer al Señor en todo hombre, pero preferentemente en el rostro de los obreros, campesinos y marginados para hacer nuestra la causa de los pobres, es decir, la causa del Amor y de la Justicia.
- se nos pide, por último, que miremos toda la acción evangelizadora de la Iglesia desde la perspectiva de los pobres, como lo hicieron los Obispos en Puebla, y desde esa perspectiva busquemos la unidad dentro de un sano pluralismo.

¡Solo así estaremos celebrando o participando en la Eucaristía en forma auténtica!

6. Conclusión:

Hermanos de todas las comunidades de la Iglesia de nuestra Zona Oeste: Después de leer estas reflexiones nos damos cuenta que la Eucaristía es una constante interpelación a nuestra fe en Dios, en Jesucristo, en la Iglesia y a nuestras actitudes cristianas, frente al hombre.

La Eucaristía no es una simple “práctica religiosa” que puede permitirnos continuar el mismo camino de siempre.

Es la celebración del Misterio Pascual, el paso de la muerte a la vida de Jesús, que nos compromete a detectar donde se hace presente la muerte, el pecado, tanto en la vida privada como en la vida pública, y a colaborar activamente con Cristo para hacer triunfar la Vida allí donde aparezcan señales de muerte.

Este año del Congreso Eucarístico es tiempo de Oración confiada en Cristo, con la mediación de María; tiempo de conversión y de acción misionera.

Se nos brinda la oportunidad de apoyarnos en la corriente espiritual que ya comienza a suscitar este acontecimiento eucarístico, para formar nuevos grupos de reflexión en torno a la realidad iluminada por la Persona de Jesucristo que puedan convertirse en nuevas comunidades Eclesiales de Base.

¡No teman!
¡Abramos las puertas a Cristo!

+ENRIQUE ALVEAR U.
Obispo Vicario Zona Oeste





ARZOBISPADO
DE SANTIAGO